

ANTONIO GARRIGUES WALKER

Presidente de la Asociación
Española con ACNUR

¿DERECHOS HUMANOS Y GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA?



¿DERECHOS HUMANOS Y GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA?

Antonio Garrigues Walker

VAMOS a ver si tenemos un buen debate sobre uno de los temas que a mí me parecen más fascinantes, más divertidos, más inquietantes, más profundos de la época actual, yo creo que realmente no hay tema en estos momentos más bonito que el descubrir qué hay detrás de estos procesos de globalización, porque es realmente penetrar en el mundo real de los problemas auténticos, no de los problemas artificiales, sino de los problemas auténticos.

Y el tema de conectar la globalización con el tema de los derechos humanos, es un tema que a mí me parece muy importante y muy serio, porque realmente esto es un poco el tema que está en cuestión. Lo que la gente se pregunta es: ¿lo de la globalización económica va a respetar los derechos humanos?, ¿la globalización económica va a ser un factor de progreso para la sociedad o al contrario va a ser un factor de regreso y un factor negativo?

La verdad es que por de pronto nadie tiene las respuestas concretas. Cesáreo [el presentador del conferenciante] ha hecho referencia a unos actos en los que yo intervine con motivo del tercer Milenio y trataban de hacer una especie de resumen histórico de la Declaración de Derechos Humanos de 1948, de la que estamos celebrando el cincuenta aniversario ahora, y el lema era el tema de los derechos humanos, es decir, la idea de si había llegado el momento de olvidarnos un poco de los derechos humanos y de empezar a hablar de los deberes humanos. Y con ese motivo le dimos todo tipo de vueltas filosóficas, conceptuales, económicas, así que le mereció la pena ponerse a trabajar en ese concepto. Y la primera conclusión a la que llegamos es que el tema de los derechos humanos debía tratarse con doble rasero, con doble concepción, con doble planteamiento si se trataba de países ricos o países pobres, pues realmente ir ahora a los países pobres a hablar otra vez de deberes humanos sería realmente una falta de consideración grave.

Pero ese debate lo que nos abrió a todos fue la necesidad de plantearnos lo que de verdad está pasando, por un lado vemos que la globalización económica es un hecho, lo que nadie puede poner en duda es que ya estamos ciertamente globalizados en la forma de vestirnos, en la forma de conducir, en la

forma de ver la televisión, en la forma de viajar, qué duda tiene que el proceso de globalización es ya un proceso en gran parte no ya en marcha sino consumado. Ya hay una gran parte de nuestra vida que está afectada por el tema de la globalización económica en todos los sentidos, y que eso nos afecta a todos, incluso a la artesanía. El otro día salía el dato de que ya ni siquiera las navajas de Albacete se hacen en Albacete, se hacen en Taiwan, pues porque es mucho más barato hacer las navajas de Albacete en Taiwan que en Albacete, y entonces pues, ese dato tiene que hacernos pensar que al igual que en ese tema tan pequeño nos afecta, pues nos pueda afectar en otros muchísimos detalles de nuestra condición humana ¿no?, y eso es lo que nos llevó a intentar investigar el cómo estamos, es decir: ¿Qué es lo que está pasando en estos momentos? ¿Qué es lo que está sucediendo en el mundo? ¿Cuál es el debate incluso ideológico en el cual podríamos participar?

Yo no sé, por descontado, cuál es la idea de cada uno de ustedes respecto a lo que está pasando en el mundo ideológicamente, pero yo creo que todos podemos estar de acuerdo en varias cosas; en primer lugar, que la destrucción del marxismo como sistema ideológico, como sistema político, es un tema muy a tener en cuenta, es un tema muy importante, es decir que nadie crea que una ideología puede desaparecer y que no pasa nada, es decir, el marxismo tenía una importancia en el mundo realmente tremenda y de repente en un mundo tan rápido como éste, pues resulta que el marxismo desaparece y nos quedamos con una ideología prácticamente única, y entre los problemas, el marxismo por de pronto había generado una dialéctica, que al ser humano siempre conviene, que es la dialéctica entre lo bueno y lo malo, es decir que mientras había capitalismo y marxismo, el mundo capitalista decía “los marxistas son los malos”, los marxistas decían “los capitalistas son los malos”. En ese tipo de dialéctica tan simple las cosas funcionan mejor, desaparece el marxismo y ahora resulta que todo el mundo quiere tener una economía de mercado, que todo el mundo quiere tener la democracia política. Ese es el problema de la desaparición del marxismo, que se ha generado una especie de predominio, casi de hegemonía, del sistema capitalista democrático occidental; uno va a Rusia, va a Kazajistán, va a Kirguizistán, va a Malasia, va a África, va a Latinoamérica, y todo el mundo quiere tener una economía de mercado, a todo el mundo se le dice “usted tiene que tener una economía de mercado y una democracia política pluralista con libertades formales y libertades humanas”. ¿Eso es bueno o es malo? A veces yo he dicho que al desaparecer el marxismo lo que también desaparece es la única ideología que tenía un final utópico, los marxistas pensaban que después de la implantación del marxismo se iba a un mundo utópico donde había igualdad de clases y, por lo tanto, no había diferencias entre los seres humanos. Era por tanto un cuento bonito, tenía un final feliz. Porque el capitalismo nunca ha tenido una utopía dogmática, nunca ha dicho que de aquí vamos a pasar a una situación angelical ¿no? El capitalismo y el sistema democrático nunca le han dicho al ser humano “vamos a ir a una época en la que todo será maravilloso y no habrá tensiones”, no, el capitalismo ha dicho

“vayamos creciendo económicamente, vayamos mejorando nuestros niveles culturales, vayamos teniendo cada vez más libertades y más posibilidades”, pero nunca ha tenido un final utópico. Y yo creo que el problema del mundo actual es que la desaparición del sentimiento utópico es malo, porque el ser humano necesita en alguna forma de utopías, en alguna forma en todo nuestro comportamiento humano, en toda nuestra relación humana siempre queremos ver, al final, lo que deseamos, bien sea a nivel familiar, bien sea al nivel económico, bien sea a nivel empresarial, es que todo se resuelva, que todo ande bien, que nuestros hijos encuentren trabajo, es decir, todos tenemos un sueño, como tenía Luther King, todos tenemos un sueño, todos tenemos un sueño. Claro, yo creo que estamos yendo a una humanidad en la que poco a poco los sueños empiezan a desaparecer y se nos habla de un pragmatismo económico muy fuerte, se nos habla de un pragmatismo ideológico muy fuerte en donde las diferencias ideológicas ya no tienen mucha importancia, lo importante es encontrar al gestor político eficaz, el que sea de izquierdas o derechas ya no tiene importancia, el que sea de una tendencia o de otra no tiene importancia, lo importante es que sea gestor eficaz. Y por eso nos encontramos con figuras dentro del mundo conservador que tienden hacia un progresismo social, y nos encontramos con líderes llamados de izquierdas, pongamos el tema de Tony Blair o el tema de Lionel Jospin, en donde realmente lo que hacen es asumir todos los principios de la economía de mercado y del sistema global antes llamado conservador.

Dicho esto lo que estamos viendo es que la desaparición del marxismo no ha arreglado todos los problemas, al contrario, ha aumentado los problemas, por de pronto la pobreza en vez de disminuir ha aumentado, y las desigualdades en vez de reducirse han aumentado. Y lo malo es que ese proceso global de desigualdades no se corrige, no hay manera de corregirlo. Incluso en una encuesta que se ha hecho en Estados Unidos recientemente el 75% de los americanos piensan que esas desigualdades no son corregibles, que no se pueden mejorar, que siempre va a ser verdad que los países ricos cada día se hacen más ricos y los países pobres se hacen cada día más pobres. Y ahí es donde entra el tema de nuestro comportamiento ético, de nuestra obligación como seres humanos y guarda relación con cómo coordinar la globalización económica con todo lo que ello conlleva con el respeto a los Derechos Humanos.

El tema de la cultura de la riqueza y el tema de la cultura de la pobreza son temas en donde ya realmente debemos empezar a pensar con mucho más pragmatismo que romanticismo, estamos hablando de que en efecto en el mundo, los datos los conocemos todos, todos somos conscientes ya de esos datos; hace quizá cien años la sociedad no era enteramente consciente, ahora sí es enteramente consciente, de que hay un mundo rico que cada vez se hace más rico, un mundo pobre que se hace más pobre, que es lo que se llama la sociedad del ochenta-veinte, el ochenta es pobre el veinte es rico, y esta sociedad sigue avanzando y cada vez ese porcentaje no solamente no se mejora sino que incluso empeora un poquito. El ochenta es pobre, el veinte es rico, el ochenta es

pobre, el veinte es rico y continúa. Entonces ahí se plantea el problema: yo al nivel individual ¿qué hago? Entonces yo creo que un fenómeno triste que está pasando en la sociedad es el siguiente: lo que los medios de comunicación en su conjunto nos transmiten, es: “usted no puede hacer nada, usted haga un poquito nada más porque eso es un problema global”, es decir, corregir la miseria, corregir la pobreza es imposible. Lo primero, ¿estamos seguros de que es imposible?, es decir, con los medios técnicos que tenemos, con la capacidad tecnológica que tenemos, con la capacidad de comunicación que tenemos, con la rapidez en los medios de transportes, con los conocimientos agrícolas que tenemos, ¿no sería posible de verdad erradicar la miseria, la pobreza? La respuesta podemos discutirla, pero la respuesta es que no, la respuesta que mucha gente dice es que no, es que no se puede corregir. Entonces somos conscientes de eso, ya que si somos conscientes de que hay cuatrocientos millones de personas que viven en la pobreza teórica, es decir, que no tienen alimentos, carecen de alimentos, pero esa cifra incluso es hasta cierto punto tolerable, el problema es que hay ochocientos millones que están en el nivel de la miseria, pueden comer algo, pero no tienen luz, no tienen agua, no tienen cuidados médicos. Y todos esos datos, ahora ya somos conscientes, ya no pueden engañar a nadie, ya lo sabemos y entonces el comportamiento del mundo rico que una parte de comportamiento hipócrita dolorosísimo, que es lo que llama el filósofo francés Lipovetsky la *ética indolora*, nos están acostumbrando a que nuestra obligación se limita a dar, a volver al concepto de diezmos y primicias, pero ni siquiera son diezmos, son unidades todavía más pequeñas, él lo refleja en esa anécdota que cuenta en su libro, que es un libro por otra parte fascinante, en el sentido de decir que muchas veces es como esa señora ama de casa o ese señor amo de casa que va a un supermercado y entonces de distintos tipos de productos, lo que sea, por ejemplo, leche, elige uno simplemente por el motivo de que el producto dará el 1% de lo que obtenga por la compra de esa leche, pues no sé, para salvar las ballenas, por ejemplo; entonces esa señora sale de la tienda pensando que ha hecho una cosa importante, y eso es lo que llama Lipovetsky, el proceso de tranquilización de la sociedad. Lo que nos está diciendo el mundo actual de los medios de comunicación, es decir, mire usted, son problemas insolubles, pues chico qué se le va a hacer, no hay nada que hacer. Como además los medios de comunicación nos hacen conscientes de nuestros propios problemas, por ejemplo decimos, pero ¿para qué nos vamos a ocupar de esos temas?, si es que resulta que en un país como el nuestro hay un 19% de gente deseosa desempleada, también hay pobreza, también hay miseria. Total que el tema este de los derechos humanos por la razón que sea nos lo están intentando sacar de nuestras conciencias. Pero al mismo tiempo, en la nueva sociedad que está emergiendo, la sociedad de la riqueza, yo creo que todos empezamos a tener una sensación de que esto no es así, de que esto no puede ser así, de que no hemos podido venir a esta vida a engañar, a mentir, a robar, a maldecir en fin; no puede ser esto, tendrá que haber algún sistema ¿no? Porque por un lado se ha producido una decadencia de los valores reli-

giosos, ya en un sentimiento de dogmático religioso, como hemos dicho antes, no en sentimiento claro ideológico, es decir, ya las ideologías cumplen un papel muy poco relevante, entonces, insisto, nos hemos metido en este mundo de pragmatismo que es cuanto más tengas, más tienes y cuanto más tengas, más quieres y no hay nada más ¿no? Y en cuanto al tema ético lo que te dicen es, pues mire usted, suscríbase a algo, dé un poquito, elige usted alguna cosa y se acabó el tema. Y así es la vida.

Yo creo que esto no va a ser así y entonces lo que estamos viendo es cómo los pensadores del mundo están empezando a reaccionar, quien ha reaccionado de momento más fuertemente hay que reconocer que es la izquierda, la llamada izquierda ideológica, la izquierda intelectual, no la política, la izquierda política no sabe qué hacer, está como... en mi opinión desconcertada, ha perdido su modelo económico, no sabe qué hacer. Pero hay una izquierda ideológica, una izquierda intelectual, que yo creo que está aportando elementos muy importantes al debate: el primer elemento que aporta es la descalificación del sistema de economía de mercado, lo que la izquierda dice es que la economía de mercado es una trampa, es un horror, es un peligro público y por lo tanto no puede ser la solución.

Ustedes lo habrán visto si entran en cualquier librería la cantidad de libros que han salido con títulos, como por ejemplo el de Juan Francisco Martín Seco que es un magnífico economista, se llama *La Farsa Neoliberal*. Eduardo Álvarez Puga escribe un libro que se llama *Maldito Mercado*, Pedro Montes, *El Desorden Neoliberal*, Ignacio Ramonet, *Un Mundo Sin Rumbo. Crisis de Fin de Siglo*. Yo estoy leyendo dos libros y los recomiendo muy especialmente y lo que me gusta más es lo que han escrito los alemanes, porque los intelectuales alemanes casi nunca habían participado en este tipo de debates, lo habían hecho casi siempre los franceses y los ingleses, los alemanes siempre han estado muy al margen del debate intelectual, y acaban de editar dos libros, uno se llama *La Trampa de la Globalización. El Ataque contra la Democracia y el Bienestar*, que lo han escrito dos periodistas de la revista alemana *Der Spiegel* que son Hans Peter Martin y Harold Schumann, que es un libro realmente muy bueno, y luego acaba de salir otro, éste sí que es muy reciente, yo creo que ha salido hace cinco o seis días, que se llama *¿Qué es la Globalización?* y subtítulo *Falacias del Globalismo. Respuesta a la Globalización*, que es un libro de Ulrich Bech, que es profesor de sociología de Munich.

Debo mencionar además, también, otro libro importante porque es de una persona española que yo creo que ha aportado muchas ideas muy buenas, que es el de Joaquín Estefanía, el ex director de *El País*, que ha escrito un libro que se llama *El Pensamiento Único*, en donde descalifica también al sistema de economía de mercado, en donde sobre todo critica el sentimiento neoliberal, el principio de los neoliberales a quienes acusa de simplificar el tema de una manera vergonzosa.

Ya digo que esta gente que representa la izquierda intelectual, lo que hace en efecto es decir: el sistema de economía de mercado, el sistema capitalista

globalmente no vale, lo cual es bueno que lo digan y lo sometan a un principio de autocritica, lo malo es que no dicen más allá, no dicen más, no dicen cuál es el sistema, lo que dicen es que el sistema de economía de mercado no vale, el sistema neoliberal no vale, el sistema liberal no vale, y yo creo que lo justifican muy bien y ponen de manifiesto ejemplos, circunstancias, situaciones realmente fabulosas, pero no dicen más, no van más lejos, no dicen el sistema es otro. Los que más se atreven, lo que dicen es, mire usted, economía de mercado sí pero hasta cierto límite, el resto lo tiene que poner el Estado, lo tienen que poner las instituciones públicas, porque si usted deja la economía de mercado sola la cosa no funciona.

Yo creo que en el fondo lo que la izquierda tiene es un drama, en estos momentos un drama intelectual importante y es que, claro, la izquierda siempre ha estado basada en un modelo económico, que era un modelo económico fundamentalmente marxista o socialista clásico en donde el estado cumplirá un papel decisivo, y claro, como realmente lo que sí se ha visto es que el marxismo económico ha fracasado radicalmente pues han tenido que abandonar esa filosofía. Y claro ser de izquierdas, ser progresista sin tener un modelo económico es muy difícil, porque el modelo económico es muy determinante de las reglas de la convivencia humana y del comportamiento humano. Y entonces al haber perdido su modelo marxista, más o menos socialista en todos sus niveles, pues entonces lo primero que hacen es descalificar al otro, muy bien, el modelo marxista ha muerto, pero el capitalista tampoco vale, y yo creo que ése es el momento en el que estamos en el momento actual, en donde en efecto el modelo marxista ha muerto y de pronto nos damos cuenta de que el capitalista no funciona. *¿Cuáles son los síntomas del no-funcionamiento o del disfuncionamiento del capitalismo y de la economía de mercado?*

Un primer síntoma malo es la *corrupción*. Uno va a Japón y se encuentra con una sociedad corrupta, parece una sociedad muy limpia, pero es una sociedad corrupta, la mafia financiera es tremenda, la mafia política es tremenda, escándalos permanentes, situaciones increíbles de relaciones realmente perversas entre ese mundo oligárquico-financiero y político. Pero va a Rusia y se encuentra con la corrupción, una corrupción total, hay treinta y dos mil mafias en Rusia operando por todo el país. Pero va a Kirguizistán, a Kibistan, a Georgia, a Armenia, baja al África, va a Latinoamérica y lo que ve es corrupción. ¿Y Europa? Pensemos en países como España o Italia, han vivido fases de profunda corrupción que no han sido superadas, que nadie crea que la corrupción en países como España o Italia han sido eliminadas porque no es verdad. En España sigue habiendo un poso de corrupción muy grande, igual que lo hay en Francia, igual que lo hay en Alemania, igual que lo hay en muchos sitios.

La corrupción es un mal síntoma porque, claro, la corrupción implica una especie de falta de respeto a la ley y falta de respeto al sistema, es decir, no solamente un problema moral de que es feo corromper o de que es pecado corromper, no, el problema estaba en que el sistema no funciona, si las reglas del

juego no funcionan pues el sistema no funciona, pero es un primer dato, un primer síntoma muy malo del capitalismo.

El segundo dato es la *hipocresía en cuanto al funcionamiento real*, cuando la gente habla de economía, yo soy una persona de raíz ciertamente liberal, pero nunca me he entendido bien con las personas que creen que el liberalismo se limitaba a la parte económica, el liberalismo si es auténtico, tiene que ser un liberalismo total que afecta al comportamiento humano, pero no solamente a la parte económica, uno no es liberal porque defienda la economía de mercado, ser liberal es en mi opinión bastante más comprometido y más exigente. Pero en todo caso, lo que nunca estoy dispuesto a aceptar es que el mercado sin más corrige todos los problemas. El mercado como es lógico es el mejor sistema que existe en el mundo para asignar todos los recursos entre una ciudadanía de una manera coherente y correcta, eso es verdad, no hay mejor sistema que el mercado, el Estado es un fracaso absoluto, pero siempre que el mercado sea puro, si el mercado se deforma entonces no funciona y por eso en España vemos cómo en ciertos productos cuando el mercado funciona, el mercado realmente es un mecanismo fenomenal de acción económica, y vemos cuando el mercado se desnaturaliza como es incluso peor que si hubiera intervención estatal. Yo siempre pongo el ejemplo de los famosos teléfonos móviles que Uds. recordarán que hace poco pues, costaba cada teléfono, cuatrocientas mil pesetas, después bajaron a doscientas cincuenta mil pesetas, después bajaron a doscientas, después a cien y ahora cualquier día en cuanto compremos una revista nos darán un teléfono móvil, estoy seguro de que el proceso va en ese tipo de descendencia tremenda. ¿Por qué?, porque está funcionando el mercado, la economía de mercado funciona. Igual que vemos que en España hay una radio estupenda, una radio muy viva, muy buena, no competitiva, estupenda, da gusto oír la radio española, a mí me ponen muy nervioso, pero en fin da gusto oír la radio española porque hay una competencia fenomenal, porque hay un mercado realmente vivo, muy importante y muy fuerte, ¿no?

Allí donde el mercado funcionara, funciona bien, lo que pasa es que el capitalismo de vez en cuando se comporta tramposamente. Ahora acaba de firmarse en la OCDE un convenio entre los países ricos, en virtud del cual se declara delito el comportamiento de los empresarios y los funcionarios de los países ricos que intentan corromper a funcionarios o sistemas de los países pobres.

Pero por ejemplo un país tan noble, tan democrático, tan civilizado como Alemania, es un país en donde en su propia regulación interna, y todavía sigue vigente, las comisiones ilegales, los fraudes, los sobornos que daban los empresarios alemanes para obtener obras se consideraban como gasto deducible y permitían que esa empresa siguiera trabajando de una manera correcta. No les preocupaba para nada la corrupción propia, como es lógico ponían el grito en el cielo, pero el que un empresario alemán corrompiera a cualquier funcionario en el extranjero, pues les parecía que era bueno, ¿por qué?, porque servirán a los intereses de su país, y así se dice, eso es el grado de cinismo que se mantie-

ne, el mismo grado de cinismo se aplica, por ejemplo, al tema de la libertad mundial de comercio, principio establecido que es muy bello y que generaría una economía de mercado fenomenal. ¿Pero qué dicen los países ricos a los países pobres, en concreto? Lo que les decimos porque yo también participo ciertamente en este juego y todos participamos en alguna manera en ese juego, lo que les decimos a los países pobres es: mire usted lo generoso que soy, usted me puede exportar lo que le dé la gana menos los productos agrícolas y materias primas, que es lo único que tienen los países pobres. Un país pobre, ¿qué tiene?, productos agrícolas y materias primas, no tiene otra cosa. Y decimos menos eso, mire usted que son dos cosas nada más, todo lo demás me lo puede exportar. Éstos nos miran, se quedan pensando y dicen: pero si lo único que tengo es eso, ¿y usted me lo prohíbe?, ¿y por qué no puedo exportarle productos agrícolas? Tengo un producto muy bueno, y tengo sol, tengo agua, tengo capacidad de acción, es un producto maravilloso. Y entonces nosotros les decimos: es que no puede ser porque, mire usted, es que los agricultores franceses son tremendos, sabe usted, son tremendos, les afecta usted a sus intereses, y no puede ser. Ese es el tipo de hipocresía en el que se refugian ciertos neoliberales para defender su actitud y su posición. Porque claro este tipo de trampa, yo lo que hago es advertir que no se puede mantener mucho más tiempo, en algún momento alguien rompe la baraja.

¿Esas trampas del capitalismo a qué pueden conducir? Ahí viene un debate también fascinante, y yo comprendo además que no les estoy dando muchas respuestas, pero espero que me entiendan si les digo que es que no las tengo, lo único que tengo es como una lista de cuestiones, una lista de problemas en donde sí me parece importante que todos debatamos. Pero el tema de los valores culturales es un tema apasionante, también, en donde al final todos vamos a tener que tomar una posición. Es el famoso tema que todos ustedes conocen entre sí, una mujer árabe en Francia debe llevar velo o no debe llevar velo. Y son temas muy complejos, y este tema que parece muy concreto pues es un tema en el que estoy seguro de que aquí abriríamos un debate y habría opiniones para todos los gustos. Habría mucha gente que diría: pues tenemos que respetar la cultura de una mujer árabe que quiere llevar velo, en lo que implica de pudor, en lo que implica de defensa de su belleza, en lo que implica de renuncia a la manifestación estética, en lo que implica de tradición, de respeto a la tradición. Y me imagino que habría otros que dirían: no, eso afecta a la condición de la mujer, eso afecta al sentido de libertad de la mujer, eso es una actitud retrógrada mantenida por una civilización machista y por tanto una mujer árabe en Francia no debe llevar velo.

Insisto en que los temas parecen simples, pero cuando se desciende a temas concretos, uno se encuentra con situaciones en las que es muy difícil pensar.

Es el famoso tema del multiculturalismo y si estuviéramos debatiendo entre nosotros diríamos: ¿Y cuál es el modelo de convivencia cultural al que podríamos ir? Yo me imagino que todos diríamos libertad, que respeta nuestra cultura, yo respeto a la otra cultura, y el tema parece muy simple, y la verdad es que

es demasiado complejo, es que es ahí donde empieza el problema, el tema del multiculturalismo y el tema del respeto a otras culturas es que no está funcionando. Y que la cultura, por ejemplo, americana es un fenómeno de presión inimaginable del cual no somos conscientes. Al poder económico va unido el poder lingüístico fundamentalmente y el poder tecnológico y nos hemos encontrado con una nación, Norteamérica, y hablo de este tema con toda tranquilidad porque soy en parte medio americano, no quiero criticar, y además yo creo que Norteamérica tiene virtudes tremendas, pero por una serie de razones nos hemos encontrado con un poder hegemónico como es el norteamericano, que tiene en estos momentos un poder, por ejemplo, bélico-militar superior a todos. Hablando con Javier Solana de estos temas, reconoce que es que la distancia que separa la superioridad militar y bélica americana de la europea o la rusa, o la china, es algo verdaderamente inimaginable. Tiene un poder económico fenomenal, tiene un poder tecnológico fenomenal, en parte basado en la industria bélica pero tiene sobre todo un poder cultural fenomenal, todas las agencias de comunicación importantes son norteamericanas, un alto porcentaje de lo que vemos en televisión es producto de América. La gente en España cree que no, porque cree que nosotros tenemos capacidad inventiva y que lo que vemos en televisión es producto español, todo el mundo sabe que en un 70%, la gran mayoría del producto que vemos en TVE es de origen anglosajón, de origen americano. De pronto veremos, por ejemplo, en España, cosa que yo no he entendido, y soy el ser menos racista del mundo, series de negros que están bien en la convivencia norteamericana, en donde ese problema existe, pero en España lo lógico sería que planteáramos el tema de ese fenómeno con otro tipo de convivencias, porque ese problema nosotros no lo tenemos.

Pero estamos llegando a ese nivel de penetración cultural americana que es un drama, entonces ahí es donde aparece, por ejemplo, Huntington y otra serie de pensadores, a decir: cuidado, que esto nos conduce a una lucha de civilizaciones, aquí vamos a ir a una lucha de culturas realmente feroz y por tanto tenemos que empezar a prepararnos para luchar contra ese fenómeno. Y en ese terreno están pasando cosas muy curiosas; Zignieu Brezinsky que fue Secretario de Estado norteamericano, acaba de sacar un artículo que está creando bastante irritación, en donde dice que al final la cultura tiene que ver con el crecimiento económico, y que si un país tiene un determinado crecimiento económico acabas asumiendo los mismos valores culturales. Él pone como ejemplo el fenómeno europeo y el fenómeno de los países desarrollados que dice que al final los comportamientos de la sociedad son siempre los mismos. Los gustos alimenticios empiezan a ser ya prácticamente homogéneos, todos comemos más o menos lo mismo, los jóvenes visten de una manera igual, la verdad es que entre un joven español y un joven europeo ya no hay diferencias, prácticamente ninguna, ni en cuanto a comportamiento mental. Entonces él piensa que en Irán, en Argelia, en Túnez, en Sudáfrica, el problema es el mismo: que según vaya la gente creciendo económicamente los valores se irán haciendo iguales, y que por tanto no hay problema de respeto cultural, que la cultura inevitablemente

irá desapareciendo, y ya unificándose que eso es bueno, además, que es una cosa sana y sensata. Insisto, yo no sé lo que ustedes piensan y me imagino que habrá opiniones para todos los gustos, pero este es un tema en el que países como España deberían ponerse a pensar, es decir, todo este proceso de globalización viendo lo que pasa con los medios de comunicación, viendo lo que pasa con la televisión, ¿qué tipo de obligaciones tenemos?, es decir, ¿qué valores culturales españoles creemos que podemos defender? ¿Hay de verdad valores culturales españoles propios, específicos que merezca la pena defender?, ¿los hay? No estoy hablando de valores genéricos como por ejemplo el respeto a la familia, el derecho... no, aceptados esos temas, pero digo ¿hay valores culturales que nos interesa defender? Entonces uno empieza a buscar valores culturales españoles y se da cuenta de que en las últimas décadas hemos hecho un proceso de unificación con el resto del mundo desarrollado fenomenal, que mucha gente ya tiende a pensar lo mismo, que es lo que critica Joaquín Estefanía en su libro sobre *El Pensamiento Único*, que llega un momento en el que no hay diferencia, hombre, todavía a las personas de más edad, pues tienen, digamos, un sentimiento más profundo de las tradiciones, más serio de las cosas, en general la gente, la gente joven, a la gente joven le trae absolutamente sin cuidado. Y ese proceso va a continuar, no es un proceso menor, con lo cual lo que se dice es: mire usted, esto es a lo que vamos, se va a una cultura paneuropea, en donde ya los valores propiamente culturales van a desaparecer. Mucha gente piensa que eso es bueno, mucha gente piensa que una gran mayoría de los valores culturales no son otra cosa que una barrera para evitar la penetración de sistemas contrarios, o enemigos, hostiles, o adversos. Pero en el mundo occidental, este tema tiene un valor relativo, porque en el mundo rico la mayoría de las personas tenemos opciones, por de pronto podemos apretar un botón de televisión u otro, no sé si lo haremos o no pero tenemos la opción, y además cada día vamos a tener más opciones, pues ahora tenemos lo que sea, no sé cuántos canales, no sé el número máximo de canales que hay en España, ahora con los satélites y todas esas cosas me parece que es del orden de cincuenta o sesenta canales, pero en fin en Estados Unidos ya hay ciento doce y en muchos países, pues, habrá más, y llegaremos a una opción de doscientos canales, por ejemplo, fácilmente. Pero al menos tendremos, yo no sé si es mucho o poco, pero tenemos la capacidad de opción, podemos decir ahora aprieto este botón, yo quiero ver un programa cultural, quiero ver teatro, quiero ver cine de determinada teoría, etc., tengo alguna opción, pero es que en el mundo de la miseria, en el mundo de la pobreza esa opción no existe.

Y claro, cuando uno ve ese tema, lo primero que puede entrar es la preocupación de cuál es el valor global que podríamos defender. Y entonces hay mucha gente que dice: esto no es una globalización, esto es una americanización. Lo que estamos poniendo en pie es una marcha de valores puramente americanos que están dominando el sistema. Pero claro, eso ¿con qué tiene que ver?, pues tiene que ver con una aproximación económica y digo esto porque la gente cree que es muy simple eliminar este tipo de tendencias mentales,

es difícil, ¿por qué?, porque nadie se olvide una cosa, que la economía de mercado consiste en que la gente consume, si la gente no consume no hay economía de mercado, y por lo tanto para una economía de mercado cuantos más coches se vendan es mejor, y cuanto más cerámica se venda es mejor, y cuanto más libros se vendan es mejor y la idea es que se venda mucho para que se genere más riqueza y esa riqueza entre en un proceso de distribución. Luego, por lo tanto, la idea del consumismo que nadie crea que es una idea estúpida, es una idea muy válida para generar un determinado modelo económico. Porque al final lo que tenemos que pensar es: ¿el ser humano al final qué aspiración básica tiene?, digamos que la única aspiración básica a la que aspira el ser humano es la felicidad. Usted ¿qué quiere ser?, feliz, lo que queremos ser nosotros es ser felices, lo que pasa es que ser feliz es complicado, pero nuestra aspiración básica es la felicidad que está incluso incorporada en la Constitución americana en donde se habla del ser humano que está “In search of Happiness”, en la búsqueda de la felicidad. Lo que queremos es ser felices, el problema es cómo. Entonces mucha gente dirá: pero es que el consumo no da la felicidad, la riqueza no genera la felicidad, como es lógico, pero que nadie crea que, por ejemplo, la solución consiste en que nadie consuma, derribemos el consumismo, si derribamos el consumismo, derribamos el sistema económico. Está claro que todos los que estamos aquí podríamos vivir perfectamente con los trajes que tenemos y que no tenemos que comprar ni uno más en lo que nos queda de vida, no tendríamos por qué hacerlo, seguro. Como mucha gente podría mantener su coche en vez de cinco o seis años, ocho años o diez años, pues lo puede mantener si es posible o si ello fuera posible doce o quince, pero al sistema eso no le conviene, a la gente le conviene que se esté comprando permanentemente. Esa es la trampa global del sistema de economía de mercado, que para mantener el problema tiene que incitar al consumismo. Es cierto que el ser humano ante ese fenómeno de la permanente oferta de cosas a compra puede decir que sí o que no, pero claro si el proceso educativo te lleva permanentemente a ese tema, si la publicidad te lleva permanentemente a intentar optar por más cosas ¿cómo te defiendes?, ¿cómo te separas? Y ese dilema filosófico es el que está ahora en cuestión. ¿Cuál es nuestra obligación?, yo diría que lo primero nuestra obligación es, por de pronto, la expresión Derechos Humanos, que el término Derechos Humanos, que la existencia de Derechos Humanos es real, o sea que un ser humano solamente puede utilizar esta categoría de ser pensante, de ser racional, si reconoce que hay Derechos Humanos, tiene que haber unos Derechos Humanos básicos que son a la vida, a la alimentación, y a cierto tipo de cultura, es decir no vamos a ponernos utópicos, no vamos a engañar a la gente. Pero hay unos básicos derechos mínimos a los que habría de afrontar definitivamente. Se nos dice muy bien, empecemos por ahí. Leía un artículo hoy en la revista *Clave* sobre la cultura de la pobreza y decía que el problema está en que el mundo rico cree que el problema del hambre es solamente un problema de alimentación, o sea, si uno no tiene trigo, pues enviamos harina, entonces ya está, ya puede comer, ese día ya no se

muere, ¿no? Sin darse cuenta que el tema de la pobreza es un tema global, es decir, no solamente la alimentación, es el tema de no vivir rodeado de insectos y de aguas contaminados, y de falta de luz, y de falta de todo, es decir, es mucho más que la alimentación, no podemos limitar ese problema a la alimentación.

Entonces yo creo que lo que se está generando poco a poco en el mundo actual es un poco de conciencia colectiva. La sociedad rica no puede tolerar un momento más que el pensamiento occidental esté concentrado en nuestros propios problemas egoístas, en nuestros propios sistemas y que en definitiva, el otro problema, el problema del 80% de la población de la sociedad lo eliminemos, no puede ser, y entonces lo que se está viendo, por ejemplo, en un país como España, es cómo aumenta el número de voluntarios, la gente quiere, la gente tiene la necesidad de justificarse moralmente, y es muy difícil vivir de espaldas completamente a la realidad y el número de voluntarios en España se ha multiplicado por no sé cuántos, por cien o por doscientos en los últimos quince o veinte años.

Yo creo que a todos, a todos los aquí presentes y a cualquier persona si se nos diera oportunidad de colaborar con algo en concreto de una manera real lo haríamos. Ya se empieza a ver a mucha gente que renuncia a sus vacaciones, hay mucha gente que cede sus talentos profesionales, hay muchísima gente que empieza a darse cuenta de ese sistema. Y yo creo que ese proceso lo que va a acabar es con una nueva conciencia; el tema es demasiado serio para lo que intentamos simplemente paliar, es decir, es un tema que hay que afrontar. Y, por ejemplo, tendremos que reconocer que la única forma de eliminar la pobreza y la miseria es enriquecer económicamente esos países, y que enriquecer económicamente esos países implica, por ejemplo, aplicar las reglas del comercio mundial, y que si un país puede vender agricultura más barata que la nuestra, o que la francesa, o que la alemana, tendrá derecho a hacerlo. ¿Por qué? ¿Por qué razones uno puede importar cualquier otra cosa, no sé, desde un coche hasta un despertador, o un balón de fútbol de cualquier sitio y por qué no puede importar productos agrícolas? ¡Ah, porque, mire usted, tenemos un estamento agrícola muy agresivo, muy fuerte que no tolera ese tipo de planteamiento! Pues habrá que educar a todo el mundo, habrá que empezar a plantear en todo el mundo, si hablamos del liberalismo y hablamos de economía de mercado, también habrá que hablar de economía de mercado agrícola. Que nos metamos en la cabeza que el modelo económico de protección agrícola es una locura, es decir, no creamos que es un modelo razonable, es una locura, conceptual, económica y técnicamente hablando. Lo que sucede es que por una serie de razones políticas, ideológicas y básicas hay que mantenerlo porque si no nuestras sociedades se desestructurarían, pero como sistema es una locura, que la gente esté ganando dinero por producir cosas que no valen para nada, es decir, todo ese tipo de cosas van contra todo sentido de la comunidad, pero que nadie importe nada de África, que no haya un solo tomate africano,

ni una sola lechuga, ni una fresa, ni nada porque los franceses no lo dejan y porque los españoles también son un poco agresivos.

¿Cuál es nuestra solución? Enriquecer económicamente a esos países, no hay otra. Y esa posibilidad es real, eso es posible, entonces ahí habrá que enviar jóvenes economistas, jóvenes arquitectos, jóvenes abogados, jóvenes profesionales, jóvenes técnicos, jóvenes ingenieros que ayuden a esos países realmente a enriquecerse.

Yo creo, además, que eso ni siquiera va a implicar una pérdida de nuestra capacidad económica, ni siquiera puede implicar ciertos sacrificios, pero creo que en ese aspecto es donde no podemos poner en ningún momento en duda el tema.

Lo malo está en que cuando la gente, todos esos libros que he leído dicen: lo que hay que hacer es ir a controlar la globalización, es inútil, contra la globalización económica no hay quien pueda, ese es un dato ya total del problema, no hay quien pueda, ese es un dato, un hecho real, ya eso no hay quien lo pueda parar, es decir, la idea de que ahora todos nos ponemos a edificar barreras para que no pase, eso ha muerto, la globalización va a venir, lo primero instituciones globales capaces de controlar ese movimiento. Las Naciones Unidas tendrán que predisponerse a convertirse en directoras de todos estos movimientos, la Organización Mundial de Comercio tendrá que hacerlo, el Fondo Monetario Internacional tendrá que hacerlo, el Banco Mundial tendrá que hacerlo, los Tribunales de Justicia Internacional tendrán que crearse, porque estamos en una economía global y tiene que haber instituciones globales, porque si no pasa, las cosas que pasan por ejemplo en el Sudeste asiático, la crisis feroz de todos esos países, como consecuencia de la existencia de mercados de capitales y mercados financieros poco reglamentados, poco establecidos que en cuanto viene un especulador nato pues desaparecen. Tendrá que haber instituciones globales y si no hay instituciones globales no podemos confiar en la generosidad del capital, al capitalismo nadie le puede pedir generosidad, es decir pedirle al capitalismo altruismo es una contradicción en términos, pero es que si no, no funciona, es decir, mire usted, vaya usted a un país pobre con poco desarrollo pero no abuse, es inútil, la dinámica global es que se han de aprovechar todas las oportunidades de acción, lo que tiene que haber son unas reglas del juego, en España poco o mal hay unas reglas del juego, es decir, en España hay unas reglas del juego para el mercado de valores, para comprar cosas, para salir del país, para entrar en el país, hay un sistema, hay unas reglas de juego, y todos los países tienen sus reglas del juego; si las reglas de juego no son así y desaparecen tendremos que tener instituciones globales. Nuestros economistas afirman claramente, además, que este dato es inevitable, la economía es un proceso expansivo total, las economías primero eran del pueblo, después son de provincia, después de comunidades, después de naciones, después de internaciones... ese proceso no hay quien lo pare, absolutamente no hay quien lo pare. Lo que hay que hacer es tener instituciones capaces de controlarlo ade-

cuadramente y eso es en donde yo creo que tenemos que ponernos a trabajar si queremos ser sensatos, es la primera medida básica en la que todos tenemos que trabajar, la segunda, por descontado, es aceptar en un momento determinado que la prolongación permanente de esta sociedad ochenta-veinte, es decir una sociedad en donde el veinte por ciento es rica y el ochenta por ciento es pobre, no puede ser, y por lo tanto, habrá que establecer y habrá que hacerlo de una manera radical y pragmática todo ese tipo de temas, para establecer un proceso de enriquecimiento económico colectivo. Y que eso, se puede hacer.

Y cuando uno ve lo que ha pasado en países como España, o ve lo que ha pasado en países como Corea y ve lo que ha pasado en países como la propia Filipinas que ahora está creciendo, en algunos países latinoamericanos, se da cuenta de que el modelo de crecimiento económico tampoco es muy misterioso, es decir que las cosas realmente funcionan y que se generan de una manera sensata.

Y que, por ejemplo, un continente como África en un periodo razonablemente corto, digamos 20 ó 25 años, que no son nada a nivel de la humanidad, podría corregir su índice de miseria y pobreza prácticamente a la mitad o incluso menos, y podría tener un grado de desarrollo económico sensato y razonable.

Claro, el desarrollo económico afecta a los Derechos Humanos en muchas medidas, primero, porque uno tiene derecho a vivir y tiene derecho a alimentarse. Pero sobre todo lo que un ser humano tiene derecho es a pensar, y claro, la famosa frase latina “primum vivere deinde philosophare”, primero vivir y después filosofar, es muy importante, es que para que una persona pueda pensar lo primero que tiene que hacer, que tener, es alimento y lo primero que tiene que tener es un mínimo de salud.

Y claro, el enriquecimiento económico lo que tiene de importante, lo que tiene de benéfico es que da al individuo la capacidad de formarse, la capacidad de ser más culto, la capacidad de ser más educado.

Ese es el tipo de planteamiento, en mi opinión, de estos temas. Lo digo porque, por ejemplo, ACNUR se dedica fundamentalmente a refugiados políticos, y todo el mundo creía que el tema de refugiados políticos iba a desaparecer poquito a poquito, y que, por tanto, esta oficina de las Naciones Unidas no tenía sentido. Pues bien, al final de la guerra había diez millones refugiados, ahora estamos ya por encima de los veinte millones de refugiados y el número sigue creciendo, y creciendo, y creciendo. Ya no estamos hablando de pobreza, estamos hablando de veinte millones de seres humanos a los que se les echa de sus países, pues a veces, porque son mujeres, a veces porque tienen una concepción religiosa distinta, a veces porque tienen ideología distinta, a veces porque simplemente se oponen a los abusos del poder, es decir, a gente que se ve obligada a salir de sus países por razones obvias, por razones de temor a su vida, de temor a perder la vida. Ni siquiera en ese caso los países ricos reaccionan bien, los países ricos lo que hacen es dar dinero para que esa gente pueda

ir a otro país pobre a mantenerse, pero nadie los quiere en su país, nadie los quiere.

Por otro lado, el tema del refugio y de la emigración forzosa empieza a ser extrañamente difícil de separar, la gente dice muy bien “aceptemos al refugiado político, pero no aceptemos al emigrante económico, al emigrante que viene para mejorar su situación económica”. Entonces uno se encuentra en situaciones como la de los llamados “boat people”, la gente que va en barcos, que es el caso de Indonesia. Ustedes han visto que ha habido un escándalo allí tremendo, pero que nadie crea que sólo pasa en Indonesia, en el mismo Estrecho de Gibraltar, ya son centenares de muertos las personas de origen africano, no todos son marroquíes como ustedes saben, son gente que viene también del África profunda que cogen un pequeño barquito muy plano y se dedican a intentar cruzar uno de los estrechos más peligrosos del mundo para navegar, que es el Estrecho de Gibraltar, y cuando uno le pregunta ¿y usted por qué hace eso?, dice: y qué voy a hacer, si no he comido un día, no he comido otro día, no he comido otro día, pues si me muero, pues he muerto, no tiene importancia el tema, ¿No?

Entonces lo que quiero decir con esto, que nadie crea que la gente se va a quedar quieta, que los procesos de emigración van a ser un problema realmente tremendo, lo que está pasando otra vez en la ex-Yugoslavia es gravísimo, lo que está pasando con la pobreza en los países de la ex-Unión Soviética son problemas muy graves. El problema migratorio va a ser uno de los grandes problemas del mundo.

Entonces cuando intentemos llegar a un resumen de todo lo que estoy diciendo es, que no podemos dejar de pensar, es decir, que nadie crea que ya está todo pensado, que nadie crea que como ha muerto el marxismo y todo el mundo ya se ha hecho partidario de la economía de mercado y de la democracia pluralista, capitalista, ya no hay que pensar más. Yo creo que tenemos que volver a empezar a pensar. Y que este centro de debates como es la Real Sociedad Económica de Amigos del País, entidad a la que yo estaba unido desde hace muchísimo tiempo y que admiro como una de las pioneras, vamos no es que como una de las pioneras, yo diría que la única pionera, en cuanto al debate intelectual, pues me parece importante y lo comentaba antes con sus directivos, y en concreto, con Paco Oltra su presidente, que nadie piense que ya hemos pensado todo, que queda muchísimo por pensar, que todos tenemos la obligación de pensar, que a nivel individual nos ha llegado a todos y cada uno de nosotros la obligación de tomar una parte de ese compromiso. No hay peor cinismo que el de aquella persona que dice: bueno, pues como no se puede hacer nada importante, no hago nada, ¿no? Al contrario, la generación de una nueva cultura frente a la cultura de la pobreza, va a venir si cada uno de nosotros toma una pequeña responsabilidad en ese tema.

Por eso, y con ello termino, a mí me alegra mucho anunciar el establecimiento de la representación de España con la ACNUR en Valencia, va a llevar la responsabilidad Cesáreo Fernández, a quien agradezco mucho su entrega,

yo creo que es una buena causa y es una causa, además, que está conectada con todos los demás temas de los que hemos hablado: el tema de la emigración, el tema del respeto a los Derechos Humanos, el tema del feminismo, el tema del desarrollo económico y confío que la sociedad de Valencia responderá adecuadamente.

En todo caso ha sido un placer esta oportunidad de comentar con ustedes estos temas y si alguien quiere que haya un pequeño debate, pues yo estaré encantado de hacerlo.

Muchas gracias.

ANEXO: REFLEXIONES SOBRE DERECHOS HUMANOS Y GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

Antonio Garrigues Walker

1. Al valorar la significación y los efectos de la declaración universal de derechos humanos de 1948, una primera conclusión parece evidente o al menos razonable: si los derechos allí establecidos y afirmados hubieran tenido un desarrollo mínimamente positivo no hablaríamos hoy, con urgencia y con inquietud, de responsabilidades y deberes. Los avances en materia de derechos humanos han sido escasos, inconstantes y más formales que reales. No podemos ni debemos sentirnos satisfechos. Hay que entonar humildemente el mea culpa y disponerse a hablar y a actuar con sinceridad y con seriedad. Partir de la base de que no hay que preocuparse en demasía porque las cosas, poco o mucho, han mejorado y van a seguir mejorando, sería entrar abiertamente en el terreno del cinismo.

2. En estos momentos todo parece conducirnos en el mundo occidental, en el mundo rico, a la exaltación tragicómica del “homo economicus”, un ser humano obsesionado por el lúcido lema de “cuanto más tengas más tienes” que no sólo no exige sino que rechaza categóricamente cualquier intento de justificación ideológica, filosófica o ética. Desaparecido el marxismo –la única ideología con un final utópico feliz– el capitalismo democrático avanza por todo el mundo, hacia nadie sabe exactamente dónde, de una manera fanática, es decir redoblando los esfuerzos cuando ya no existen ni metas ni objetivos concretos.

3. Sería injusto hablar de responsabilidades y deberes para todo el mundo y en los mismos niveles de exigencia. En el mundo occidental se ha iniciado un vertiginoso y riquísimo proceso de acumulación de todo género de derechos individuales y comunitarios que puede llegar a paralizar el sistema. Con el paso del tiempo se ha producido en los países desarrollados una profundización de valores democráticos que es sin duda positiva, pero tal profundización no acaba de generar un sentimiento de equilibrio y de respeto entre el derecho propio y el ajeno ni fomenta ciertamente la creación de comportamientos éti-

cos. El crecimiento económico ofrece una serie de opciones y posibilidades que un mercado hábilmente manipulado magnifica y sacraliza hasta el punto de convertir algunos deseos en necesidades y, desde ahí, en quasiderechos incluso con la categoría de humanos. Dentro de esta dinámica llegará un momento en que el derecho a aparcarse o a tener un “coffee-break” alcanzará esa dignidad terminológica.

Hablar, por todo ello, de responsabilidades y deberes en el mundo occidental parece inevitable y justificado. Trasladar ese mismo mensaje al tercer mundo, al enorme mundo de la pobreza, sería intolerable y ofensivo. Necesitamos al debatir sobre este tema dos tratamientos, dos códigos distintos.

4. El drama de la situación actual es que hemos llegado al convencimiento de que las feroces desigualdades en cuanto a derechos básicos humanos son perfectamente corregibles. Ya no están –para nuestra desgracia– en el terreno de lo imposible y por tanto no es aplicable el principio jurídico de “ad impossibilia nemo tenetur”. El mundo rico es consciente de que con el debido esfuerzo económico y político –un esfuerzo grande pero desde luego no extenuante– los grandes problemas de la humanidad y en concreto los datos macroeconómicos podrían mejorarse de forma sustancial en un plazo corto, pongamos, una década. La sensación general de culpabilidad, el sentimiento inequívoco de que no hacemos lo que tenemos que hacer, son claves para entender las claves psicológicas de nuestro comportamiento en una sociedad en la que va creciendo inexorablemente –y habría que añadir, lógicamente– la corrupción moral y económica y la basura cultural.

5. El debate sobre la globalización y sus consecuencias es la gran oportunidad de obtener algunas respuestas válidas –aunque no sean ni puedan ser exactas– a muchas de las inquietudes actuales. Tanto los partidarios como los adversarios de este fenómeno –por otro lado totalmente irreversible– tienen que afrontar abiertamente las cuestiones esenciales del drama humano. Hay que llevar este debate a todos los foros, a todos los lugares, a todas las edades, a todas las culturas y empezar un nuevo diálogo hasta sus últimas consecuencias.

Hasta el momento ese debate parece centrarse en dónde están los límites y las insuficiencias del mecanismo de mercado o con otras palabras en los riesgos del llamado neoliberalismo económico y, asimismo, en los graves problemas que plantean las relaciones y los conflictos entre las grandes culturas.

6. Liderados por intelectuales anglosajones, muchos conservadores simplifican y unifican los dos problemas anteriores estableciendo una relación directa, y prácticamente exclusiva, entre capacidad económica y libertad de opción. En un reciente artículo, “Zig” Brzezinsky afirma estar convencido de que las diferencias culturales son sólo un problema de tiempo: el tiempo que se necesita para alcanzar una educación y una riqueza determinadas. En cuanto un país

logra un desarrollo cultural y económico parecido al de un país occidental las diferencias –según él– desaparecen.

Samuel Huntington es aún más conservador que Brzezinski, pero sin duda menos optimista. Él piensa que lo que se avecina, si no lo remediamos –y el remedio según él es difícil–, será una guerra a escala mundial entre civilizaciones y que el enfrentamiento será entre Occidente y algunos estados islámicos-confucianos, una teoría que satisface las estrategias fuertes en la política de defensa norteamericana.

El ensayista William Pfaff, de tendencias más progresistas, no está en absoluto de acuerdo con Huntington y afirma sin reservas:

Por fortuna, su teoría es falsa. Los verdaderos conflictos en el mundo actual y los que deberemos afrontar en el futuro tienen que ver con intereses y expansión nacionales, poder, dinero, comercio, territorio, petróleo, historia, ideología religiosa y política, las ambiciones de los políticos y las pasiones de los pueblos. Todos ellos tienen solución. Si alguna de estas soluciones surge como resultado de una guerra, habrá guerras por un objetivo definido y tendrán un final. Las guerras entre civilizaciones no tienen final, ni tampoco límites.

7. La idea global del multiculturalismo que lleva implícita la necesidad de un diálogo honesto entre culturas nos va a permitir poner a prueba nuestra capacidad para superar unas inercias mentales que nos permitan salir del cerco intelectual en el que operamos habitualmente. Los occidentales –es decir los triunfadores aparentes de la batalla ideológica y económica– tenemos la doble obligación de poner en marcha el diálogo en igualdad de condiciones y de evitar por todos los medios la tentación del determinismo económico como argumento decisivo. Es una ocasión histórica para descubrir y para intentar cosas nuevas. Debería llenarnos de gozo y no de miedo. No tenemos, en verdad, mucho que perder.

ANEXO: REFLEXIONES SOBRE DERECHOS HUMANOS Y GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA

Antonio Garrigues Walker

1. Al valorar la significación y los efectos de la declaración universal de derechos humanos de 1948, una primera conclusión parece evidente o al menos razonable: si los derechos allí establecidos y afirmados hubieran tenido un desarrollo mínimamente positivo no hablaríamos hoy, con urgencia y con inquietud, de responsabilidades y deberes. Los avances en materia de derechos humanos han sido escasos, inconstantes y más formales que reales. No podemos ni debemos sentirnos satisfechos. Hay que entonar humildemente el mea culpa y disponerse a hablar y a actuar con sinceridad y con seriedad. Partir de la base de que no hay que preocuparse en demasía porque las cosas, poco o mucho, han mejorado y van a seguir mejorando, sería entrar abiertamente en el terreno del cinismo.

2. En estos momentos todo parece conducirnos en el mundo occidental, en el mundo rico, a la exaltación tragicómica del “homo economicus”, un ser humano obsesionado por el lúcido lema de “cuanto más tengas más tienes” que no sólo no exige sino que rechaza categóricamente cualquier intento de justificación ideológica, filosófica o ética. Desaparecido el marxismo –la única ideología con un final utópico feliz– el capitalismo democrático avanza por todo el mundo, hacia nadie sabe exactamente dónde, de una manera fanática, es decir redoblando los esfuerzos cuando ya no existen ni metas ni objetivos concretos.

3. Sería injusto hablar de responsabilidades y deberes para todo el mundo y en los mismos niveles de exigencia. En el mundo occidental se ha iniciado un vertiginoso y riquísimo proceso de acumulación de todo género de derechos individuales y comunitarios que puede llegar a paralizar el sistema. Con el paso del tiempo se ha producido en los países desarrollados una profundización de valores democráticos que es sin duda positiva, pero tal profundización no acaba de generar un sentimiento de equilibrio y de respeto entre el derecho propio y el ajeno ni fomenta ciertamente la creación de comportamientos éti-

cos. El crecimiento económico ofrece una serie de opciones y posibilidades que un mercado hábilmente manipulado magnifica y sacraliza hasta el punto de convertir algunos deseos en necesidades y, desde ahí, en quasiderechos incluso con la categoría de humanos. Dentro de esta dinámica llegará un momento en que el derecho a aparcarse o a tener un “coffee-break” alcanzará esa dignidad terminológica.

Hablar, por todo ello, de responsabilidades y deberes en el mundo occidental parece inevitable y justificado. Trasladar ese mismo mensaje al tercer mundo, al enorme mundo de la pobreza, sería intolerable y ofensivo. Necesitamos al debatir sobre este tema dos tratamientos, dos códigos distintos.

4. El drama de la situación actual es que hemos llegado al convencimiento de que las feroces desigualdades en cuanto a derechos básicos humanos son perfectamente corregibles. Ya no están –para nuestra desgracia– en el terreno de lo imposible y por tanto no es aplicable el principio jurídico de “ad impossibilia nemo tenetur”. El mundo rico es consciente de que con el debido esfuerzo económico y político –un esfuerzo grande pero desde luego no extenuante– los grandes problemas de la humanidad y en concreto los datos macroeconómicos podrían mejorarse de forma sustancial en un plazo corto, pongamos, una década. La sensación general de culpabilidad, el sentimiento inequívoco de que no hacemos lo que tenemos que hacer, son claves para entender las claves psicológicas de nuestro comportamiento en una sociedad en la que va creciendo inexorablemente –y habría que añadir, lógicamente– la corrupción moral y económica y la basura cultural.

5. El debate sobre la globalización y sus consecuencias es la gran oportunidad de obtener algunas respuestas válidas –aunque no sean ni puedan ser exactas– a muchas de las inquietudes actuales. Tanto los partidarios como los adversarios de este fenómeno –por otro lado totalmente irreversible– tienen que afrontar abiertamente las cuestiones esenciales del drama humano. Hay que llevar este debate a todos los foros, a todos los lugares, a todas las edades, a todas las culturas y empezar un nuevo diálogo hasta sus últimas consecuencias.

Hasta el momento ese debate parece centrarse en dónde están los límites y las insuficiencias del mecanismo de mercado o con otras palabras en los riesgos del llamado neoliberalismo económico y, asimismo, en los graves problemas que plantean las relaciones y los conflictos entre las grandes culturas.

6. Liderados por intelectuales anglosajones, muchos conservadores simplifican y unifican los dos problemas anteriores estableciendo una relación directa, y prácticamente exclusiva, entre capacidad económica y libertad de opción. En un reciente artículo, “Zig” Brzezinsky afirma estar convencido de que las diferencias culturales son sólo un problema de tiempo: el tiempo que se necesita para alcanzar una educación y una riqueza determinadas. En cuanto un país

logra un desarrollo cultural y económico parecido al de un país occidental las diferencias –según él– desaparecen.

Samuel Huntington es aún más conservador que Brzezinski, pero sin duda menos optimista. Él piensa que lo que se avecina, si no lo remediamos –y el remedio según él es difícil–, será una guerra a escala mundial entre civilizaciones y que el enfrentamiento será entre Occidente y algunos estados islámicos-confucianos, una teoría que satisface las estrategias fuertes en la política de defensa norteamericana.

El ensayista William Pfaff, de tendencias más progresistas, no está en absoluto de acuerdo con Huntington y afirma sin reservas:

Por fortuna, su teoría es falsa. Los verdaderos conflictos en el mundo actual y los que deberemos afrontar en el futuro tienen que ver con intereses y expansión nacionales, poder, dinero, comercio, territorio, petróleo, historia, ideología religiosa y política, las ambiciones de los políticos y las pasiones de los pueblos. Todos ellos tienen solución. Si alguna de estas soluciones surge como resultado de una guerra, habrá guerras por un objetivo definido y tendrán un final. Las guerras entre civilizaciones no tienen final, ni tampoco límites.

7. La idea global del multiculturalismo que lleva implícita la necesidad de un diálogo honesto entre culturas nos va a permitir poner a prueba nuestra capacidad para superar unas inercias mentales que nos permitan salir del cerco intelectual en el que operamos habitualmente. Los occidentales –es decir los triunfadores aparentes de la batalla ideológica y económica– tenemos la doble obligación de poner en marcha el diálogo en igualdad de condiciones y de evitar por todos los medios la tentación del determinismo económico como argumento decisivo. Es una ocasión histórica para descubrir y para intentar cosas nuevas. Debería llenarnos de gozo y no de miedo. No tenemos, en verdad, mucho que perder.